

CAPITULO XXXIX.

Complicaciones.



UESTROS lectores recordarán que al ponerse en camino Hernan Cortés con los españoles para México, dejó en la colonia de Veracruz á Juan de Escalante con algunos soldados.

A pesar de las instrucciones que habia dado el caudillo á Escalante, éste, con poca energía para resistir los efectos de la ociosidad de sus soldados, se mostró débil desde el principio y no puso coto á las demasías á que se entregaron.

Natural era que aquellos hombres, alejados de su patria, sin goces de ningun género, y envalentonados con el triunfo que habian conseguido en cuantas batallas habian reñido hasta entonces, mirasen el país en donde estaban como país conquistado.

Desde el primer momento se entregaron á toda clase de excesos.

Nada respetaban.

Contando con la benevolencia del cacique de Zempoala, no solo convertian en verdaderos esclavos á los súbditos de aquel cacique, sino que ultrajaban á sus esposas, y exigian á unos y á otras toda clase de dádivas para saciar sus desenfrenados apetitos.

Indignaba á los zempoales aquella conducta; pero la idea de que vengasen el castigo que les impusieran sus compañeros de armas, les hizo buscar un remedio á su mal, tendiendo un lazo á los españoles, esperando obtener, no solo la paz en sus hoga-

res, sino ventajas que no habian podido conseguir de la entereza y justificacion de Hernan Cortés.

Desempeñando éste un doble papel, tratando como amigos y aliados á los zempoales, y al mismo tiempo contemporizando con los soldados que Moctezuma tenia en aquellas provincias, no habia puesto término á las luchas que entre éstos y los zempoales existian.

Sabido es que el departamento de Zempoala era tributario del imperio mexicano.

Los zempoales pagaban su tributo, obedeciendo á la imperiosa ley de la necesidad.

Pero convencidos del valor de los españoles y de la influencia que ejercian en el ánimo de Moctezuma, para que no les castigase, intentaron romper el pacto que su fidelidad les habia obligado á formar con el emperador.

—Habeis visto, dijo el cacique de Zempoala á Juan de Escalante, con cuánto afecto os hemos tratado.

Seguro es que á estas fechas Hernan Cortés á llegado triunfante á México, y el emperador Moctezuma ha perdido el brío que tan temible le hacia para todos sus tributarios.

¿Por qué no pagais nuestra generosidad, libertándonos para siempre de su ominoso y despótico yugo?

Cerca de nuestra ciudad hay poblaciones en las que se hallan hospedados con sus familias numerosos soldados de Moctezuma.

Sus mujeres, más bellas que las nuestras, más seductoras, halagarian vuestras pasiones.

Nosotros, que deseamos á toda costa luchar con ellos y vencerlos, amparados con vuestra proteccion, emprenderíamos la reconquista de nuestros derechos.

Escalante, perezoso por naturaleza, oia sin atencion aquellos consejos.

Pero no sucedia lo mismo á sus soldados, que fatigados de

la vida monótona que hacían, sedientos de nuevas emociones, acogieron con entusiasmo las indicaciones del cacique.

Viéndoles favorables á sus designios, se pusieron de acuerdo los zempoales con los totonaques, y unos y otros desafiaron las iras del emperador Moctezuma.

Era cacique de la ciudad donde se hallaban los españoles un bravo soldado mexicano llamado Qualcopoca.

Era uno de los más valientes servidores de Moctezuma.

Apartado por su carácter de la corte, su única delicia era hacer la vida de campaña.

La lucha le embriagaba.

Aunque había oído ponderar á Teutila y Pilpatoe el valor de los españoles, no había querido convencerse de que fueran hijos del cielo, de que poseyeran el rayo y el trueno; en una palabra, de que fueran tan invencibles, como les suponían sus compatriotas, y hubiera deseado medir sus fuerzas con ellos.

A pesar de la edad, los trabajos no hacían mella en su naturaleza; y por el contrario, la intemperie, las penalidades de todo género, los combates, parecían ser, al mismo tiempo que una aspiración de su intranquilo espíritu, una necesidad de su cuerpo.

Tenia un hijo y una hija.

Llamábase el primero Zimpazin.

La segunda Alibahaca.

Zimpazin había heredado todas las cualidades de su padre.

Aun no había cumplido veinticinco años, y en más de cien combates se había distinguido por su valor.

El odio profundo que sentía hácia todas las tribus que por conquista habían esclavizado los representantes de Moctezuma, hacía que su nombre fuese ya conocido en la corte del soberano y mirado con estimación.

Alibahaca, por el contrario, era una jóven bella y delicada.

A pesar de ser por su carácter y por su complexión todo lo

contrario que su padre y su hermano, les acompañaba á todas partes.

Hallábase, por lo tanto, en el pueblo en donde había fijado su cuartel general Qualcopoca.

Ponderó el cacique de Zempoala á los españoles la belleza de Alibahaca, y algunos de ellos, entre los que figuraba Juan de Argüello, soldado distinguido con todo el aspecto de un gigante, resolvieron, so pretexto de hacer una visita cortés al jefe de las tropas mexicanas, ir al pueblo donde residía y ver á Alibahaca.

Realizóse este proyecto, no sin que ántes el cacique de Zempoala pidiera su permiso á Qualcopoca para que los españoles fueran á visitarle.

Como hasta entónces no tenía noticia de que se hubieran roto las hostilidades entre el emperador y Hernan Cortés; como sabía que Moctezuma estaba resuelto á recibir á los extranjeros y á mostrarse con ellos benévolo, miéntras no faltasen á los deberes que la hospitalidad que recibían debía inspirarles, se apresuró á acudir á los deseos de los soldados, y seis de ellos, acompañados de unos cuantos zempoales, fueron hasta la morada de Qualcopoca.

Agasajóles éste, y aquellos vieron á Alibahaca.

La visita fué ceremoniosa, y al regresar los españoles á Veracruz se declararon todos unos á otros su resolución de apoderarse de la jóven india.

Argüello, que como hemos dicho ántes, era un verdadero atleta, impuso por esto gran respeto á sus camaradas.

—Yo he puesto los ojos en esa mujer, y os desafío á todos.

El que se opusiere á mis deseos, aquí me tiene á su disposición pronto á luchar.

Mo hubo uno solo que se atreviera á aceptar aquel reto.

Argüello concibió el plan de apoderarse de la jóven, y como no deseaba otra cosa el cacique de Zempoala, le prometió ayudarle en su atrevida empresa.

De acuerdo con el cacique de los totonaques, convinieron en que cuando los soldados de Moctezuma se presentasen en sus respectivos pueblos á exigir el tributo, se negarian á pagarle.

Era natural que á esto sucediera la violencia por parte de Qualcopoca.

Para este caso contaban con el auxilio de los españoles.

Escalante les aseguró, cumpliendo las órdenes de Hernan Cortés, que les favoreceria siempre que necesitasen su ayuda.

No tardó en suceder todo como los caciques habian imaginado.

Presentáronse acompañados de algunos guerreros los encargados de cobrar el tributo.

A sus órdenes contestaron con negativas los caciques.

Los soldados se apoderaron de algunos zempoales, y al llevárselos presos salieron en su defensa los totonaques, y se trabó una lucha, en la que por ser menor en número los soldados del imperio, sufrieron grandes pérdidas y tuvieron que ponerse en fuga.

Este resultado indignó á Qualcopoca.

A un mismo tiempo dividió en dos columnas su ejército, y poniendo al frente de una á su hijo Zimpazin, le envió á castigar á los totonaques, en tanto que él se puso en marcha para someter á los zempoales.

Argüello, con dos amigos de su confianza, aprovechándose de la ausencia de Qualcopoca, entró en el pueblo donde habitaba, averiguó su casa, y apoderándose de su hija se refugió con ella en uno de los bosques más cercanos.

Los totonaques no quisieron esperar en su pueblo á los mexicanos.

Buscaron auxilio en la colonia de Veracruz para dar la batalla con el auxilio de los españoles.

Zimpazin tornó á buscar á su padre para darle cuenta de los

planes de sus enemigos, y no tardó en saber el infame atentado que los españoles habian cometido con su hermana.

Mandó á sus soldados que registrasen en todos los alrededores del pueblo, y no tardaron en hallar el cadáver de la jóven.

Supo quién habia sido el raptor, porque su gigantesca figura no daba lugar á confundirle con otro, y juró por la memoria de su pobre hermana castigar al culpable.

Qualcopoca, auxiliado por las tropas que habia puesto al mando de su hijo, se dirigió á Zempoala, resuelto á castigar de una vez á los que tan infamemente le habian ofendido.

Escalante, creyendo que el prestigio que habian adquirido los españoles bastaria para vencer, envió emisarios al encuentro de Qualcopoca, mandándole que suspendiese las hostilidades hasta recibir órdenes de su rey, puesto que no era posible que le hubiese mandado atacar á los españoles, á sus prometidos, al mismo tiempo que les permitia llegar á sus dominios y aceptaba con benevolencia su amistad.

Qualcopoca respondió á los emisarios.

—No necesito orden de mi soberano para castigar los ultrajes que se me inferen. Tengo que castigar á los zempoales y á los totonaques, y al mismo tiempo necesito vengarme del ultraje que un extranjero me ha inferido.

Esta respuesta indignó á Escalante, y reuniendo en torno suyo á dos mil totonaques, otros tantos zempoales, y á sus soldados, aceptó la batalla.

No tardaron en encontrarse frente á frente los dos ejércitos. La acometida de unos y otros fué terrible.

Los mexicanos no pudieron resistir el empuje, y á pesar de las órdenes de Qualcopoca y de Zimpazin, se replegaron hácia el cuartel general.

Los totonaques y los zempoales fueron abandonando las filas poco á poco, y Juan de Escalante con cuarenta soldados españoles llegó al pueblo donde se hallaban los mexicanos, prendió

fuego á las chozas y las casas, y obligó á sus moradores á refugiarse en los bosques.

Pero esta victoria fué en extremo costosa.

Juan de Escalante quedó mortalmente herido, y siete compañeros suyos fueron muertos.

Todos echaron de ménos á Juan de Argüello.

Zimpazin habia cumplido su promesa.

Apoderándose del gigante, clavó una flecha en su corazon, y una vez muerto lo ocultó en el bosque en donde habia mancillado su honra; separó su cabeza del cuello, y ébrio de entusiasmo por la venganza que habia llevado á cabo, al mismo tiempo que los españoles se retiraban, llevando mortalmente herido á Juan de Escalante, partió con seis soldados á ofrecer al emperador Moctezuma aquel triunfo de su victoria.

Dos de estos soldados fueron los que al presentarse en la audiencia de Moctezuma para suplicarle una entrevista reservada en nombre de su jefe Zimpazin, proporcionaron á Hernan Cortés y á sus capitanes la ocasion que anhelaban para dejar aquella ocupacion, que empezaba á serles enojosa.

CAPITULO XL.

Una cabeza ensangrentada.



os dos emisarios ó heraldos que envió Zimpazin al emperador, le suplicaron que concediese una audiencia secreta al hijo de su general Qualcopoca.

El emperador ordenó que le dijeran que se hallaba en audiencia, y que le recibiria como á cualquier otro de sus vasallos; pero en presencia de los extranjeros, porque eran sus aliados y no tenia secretos para ellos.

Enterado de lo que pasaba Hernan Cortés, porque Aguilar su intérprete se lo indicó, rogó á Moctezuma que recibiese en secreto á su vasallo y le diese á él licencia para retirarse.

Solo despues de reiteradas instancias accedió á ello el emperador, y mandando cerrar la audiencia, dispuso que le dejasen solo, y recibió á Zimpazin.

Entró el jóven guerrero seguido de los seis soldados, los cuales llevaban en una especie de canastillo de junco un objeto cubierto con telas de algodón.

Zimpazin despues de hacer una profunda reverencia, y de saludar con todo el respeto y veneracion al soberano, indicó al soldado que dejase la canastilla en el suelo, y mandó á todos que se retirasen.

—¿Qué ocurre? preguntó con curiosidad el emperador?

—¿Por qué motivo has abandonado tu patria y deseas con tanta premura verme á solas?

—Señor, contestó Zimpazin, vengo á comunicaros tristes noticias.

—¿Ha sucumbido tu padre? ¿Tendré que añadir á mis desventuras la de haber perdido á uno de mis mejores guerreros?

—No; pero creedme: Qualcopoca hubiera deseado mil veces la muerte ántes que ver mancillada su honra y perder el objeto más querido de su corazón.

—Explicate.

—No ignoras, dijo Zimpazin, que los extranjeros han construido una ciudad cerca de Zempoala, á la que han dado en su idioma el nombre de Veracruz.

En ella, al dirigirse Hernan Cortés con sus soldados á vuestro imperio, dejó para custodiarla á algunos de sus soldados.

Pues bien, señor; los españoles, explotando la perversidad de los zempoales y totonaques, les han dado alas para resistir vuestra voluntad.

—¿Qué dices? exclamó Moctezuma, no pudiendo contener su impaciencia.

—Os digo que por segunda vez se han negado á pagar el tributo, y han hecho armas contra nosotros.

—¡Miserables! murmuró el emperador.

—Aprovechando nuestra ausencia para ir á castigarlos, algunos españoles entraron en nuestro hogar, se apoderaron de mi hermana Alibahaca, y deshonorándola, la abandonaron en los brazos de la muerte.

—¿Eso han hecho?

—Sí; tan infame, tan inícuo, tan cobarde acción han cometido.

Mi padre Qualcopoca me manda á referiros, que no pudiendo contener la indignación que rebosaba en su pecho al ver ultrajado en su persona á todo el imperio de México, ha aguantado á los españoles y ha luchado con ellos cuerpo á cuerpo.

—¿Y habeis roto las hostilidades? exclamó Moctezuma. Luego habeis atacado á los extranjeros?

No tardará en saberlo Hernan Cortés, y vendrá á pedirme cuenta de mi conducta.

—Era preciso, señor; la ofensa que nos habian inferido, condenando á muerte á mi pobre hermana, habia sido bastante para que Zimpazin y Qualcopoca hubieran derramado hasta su última gota de sangre para castigar á los infames.

Sí, mi señor, gran señor; (1) yo juré vengarme del atropello cometido con nosotros, y he cumplido mi venganza.

Como fiel súbdito tuyo, vengo á ofrecerte el trofeo que he conquistado.

Y al decir esto acercó la canastilla á los piés del sólio que ocupaba Moctezuma.

Después separó la tela de algodón, y presentó al asombrado monarca la todavía ensangrentada cabeza del coloso Juan de Argüello.

Aquel espectáculo horrorizó terriblemente á Moctezuma.

—¿Qué has hecho? dijo.

—Lo que hubierais hecho vos, lo que haria cualquier mexicano para vengarse.

—Bien está, exclamó Moctezuma sin poder darse cuenta de lo que le pasaba. ¡Huye de mi vista, aléjate! ¡Que se ignore lo que ha pasado! ¡Si alguno de tus soldados dice que me has traído este presente, todos perecerán!

Vuelve en seguida y dile á Qualcopoca que procure enmendar con benevolencia la falta que ha cometido.

Zimpazin miró con asombro al emperador Moctezuma.

El soberano se acordó del antiguo emperador, y sofocó aquella mirada de tigre con una de águila.

Zimpazin partió.

Moctezuma ocultó con el mayor cuidado la cabeza del soldado, que como trofeo acababa de ofrecerle.

1 Este era el saludo de los vasallos del emperador Moctezuma. En el idioma mexicano primitivo pronunciaban los vasallos estas palabras: ¡Tlatoanil! Hotlatocatzin! Hucitlatoanil!

En seguida mandó llamar al gran sacerdote Guaeolando.

Después de referirle lo que acababa de suceder, después de abrirle su corazón, porque necesitaba desahogarse, le pidió que consultase á los teopixques del dios de la guerra la resolución que debería tomar en vista de lo ocurrido.

Para conocer el estado en que se hallaba el ánimo del emperador Moctezuma, hemos de reproducir las palabras que la distinguida escritora á quien ya hemos citado ántes le atribuye.

—«Fiel vasallo, le dijo con acento concentrado y triste, muchos soles han salido sin que se alegrasen con su luz mis ojos, que no cierra el sueño, ni hallase manjar grato á mi paladar.

«El grande espíritu habla algunas veces al corazón de los reyes, y el mio ha sabido de este modo cosas terribles.

«Una voz que no suena en el oído, pero que encuentra eco allá en lo más hondo de mi pecho, me dice sin cesar que el tiempo de mi reinado va á terminar.

«Pero no es eso lo que abate mi ánimo ni hace desfallecer mi cuerpo.

«La corona pesa más que adorna, y la mano de Moctezuma sabe empuñar un cetro con dignidad y soltarle con alegría.

«Si el cielo me indicase cuál es el hombre más digno que yo de gobernaros; si supiese que bajo su potestad seriais más grandes y más felices, yo mismo buscaria al nuevo rey, y de mi mano recibiria la corona.

«Pero otro temor, otra calamidad más grande es la que me intimida.

«Horribles pronósticos anuncian hace algun tiempo la destrucción de este poderoso imperio, y desgracia ménos grande no pudiera abatir el fuerte ánimo de Moctezuma.

«El infausto Tlacatecol, que acaso nos castiga por alguna falta grave de nuestros abuelos, puede solo revelarnos la extensión de los males que nos prepara.

«Ve á consultar á los teopixques del formidable dios, Gua-

colando, y para hacerle propicio ofrece nuevos sacrificios de sangre y de oro.

«Yo quedo en oración, esperando tu vuelta y rogando á los grandes espíritus se apiaden de mi pueblo y descarguen en mí solo todo el peso de su ira.»

El gran sacerdote salió á cumplir las órdenes de su soberano. Moctezuma quedó profundamente abismado en la oración. Su conciencia le atormentaba en extremo.